

Hannah Arendt – Responsabilidad Personal bajo una Dictadura

Cuando describimos un sistema político, es inevitable que hablemos de todas las personas utilizadas por el sistema en términos de partes de un engranaje. Cada pieza del engranaje, es decir, cada persona, es prescindible sin que cambie el sistema. En los juicios que se celebraron después de la II Guerra Mundial, los acusados dijeron: “Si no lo hubiera hecho yo, cualquier otro lo habría hecho”.

En efecto, en cualquier dictadura el número de personas que toma las decisiones se reduce a uno. En el tercer Reich, sólo había un hombre que podía tomar y tomaba las decisiones. Ese hombre era Hitler mismo. ¿Quiere ello decir que nadie más podía considerarse personalmente responsable?

Quienes no participaron en el sistema fueron aquellos cuya conciencia no funcionó de manera, por así decir, automática (como si dispusiéramos de un conjunto de reglas aprendidas o innatas que aplicáramos a los distintos casos particulares a medida que se fueran presentando). El criterio de los no participantes fue, pienso yo, otro: se preguntaron hasta qué punto podrían seguir viviendo en paz consigo mismos. En consecuencia, escogieron también morir cuando fueron obligados a participar. Por decirlo crudamente, se negaron a asesinar, no tanto porque mantuvieran todavía una firme adhesión al mandamiento “No matarás”, sino porque no estaban dispuestos a convivir con un asesino: ellos mismos.

La condición previa para este tipo de juicio no es una inteligencia altamente desarrollada o una gran sutileza en material moral, sino más bien la disposición a convivir explícitamente con uno mismo, tener contacto con uno mismo, esto es, entablar ese diálogo silencioso entre yo y yo mismo que, desde Sócrates y Platón, solemos llamar pensamiento. La línea divisoria entre los que quieren pensar y, por tanto, han de juzgar por sí mismos, y quienes no quieren hacerlo atraviesa todas las diferencias sociales, culturales y educacionales. A este respecto, el completo derrumbe moral de la sociedad respetable durante el régimen de Hitler puede enseñarnos que, en semejantes circunstancias, quienes aprecian los valores y se aferran a las normas y pautas morales pueden cambiar de la noche a la mañana y que todo lo que queda es el hábito de aferrarse a algo. Mucho más dignos de confianza serán los dubitativos y escépticos, no porque el escepticismo sea bueno o la duda saludable, sino porque esas personas están acostumbradas a examinar las cosas y construirse sus propias ideas. Los mejores de todos serán aquellos que sólo tengan por cierta una cosa: que, pase lo que pase, mientras vivamos habremos de vivir con nosotros mismos.

Los no participantes en la vida pública bajo una dictadura son aquellos que han rechazado dar su apoyo renunciando a aquellos puestos de “responsabilidad” en los que se exige el apoyo bajo el nombre de obediencia. Y basta que imaginemos por un momento lo que sucedería con cualquiera de esas formas de gobierno si un número suficiente de personas actuara “irresponsablemente” y negara su apoyo, aun sin resistencia activa ni rebelión, para ver qué arma tan eficaz podría ser esa actitud. La razón de que podamos considerar de todos modos responsables de lo que hicieron a aquellos nuevos criminales que nunca cometieron ningún crimen por iniciativa propia es que en asuntos de política y moral no existe eso que llamamos “obediencia”. Por consiguiente, la pregunta dirigida a quienes participaron y obedecieron órdenes nunca debería ser “¿Por qué obedeciste?”, sino “¿Por qué *apoyaste*?”